

EDITORIAL

EL SALVADOR SE CONMUEVE

Hace casi dos años escribíamos un Editorial, titulado esperanzadoramente: "El Salvador se mueve" (Septiembre, 1973). Era una arriesgada palabra de apoyo a un Gobierno que parecía poder y querer iniciar medrosamente un cambio de ruta: dejar la vía del desarrollismo neocapitalista para entrar en la de la transformación social. Partíamos en aquella ocasión del reconocimiento que tanto el Gobierno como la Oposición hacían de la gravedad de la situación nacional; y señalábamos, por nuestra parte, que si la Junta Monetaria empezaba a realizar sus posibilidades teóricas, se entraba decididamente a una radical Reforma Agraria, y se llegaba a un arreglo justo con Honduras, entonces —y sólo entonces— podría asegurarse que El Salvador comenzaba a moverse y que en ese movimiento forzosamente doloroso y aun traumático iba a poder vislumbrarse un comienzo de liberación. Para poder lanzarse por este camino proponíamos un acercamiento al pueblo por parte de la dirección política del Gobierno y un apoyo firme de las Fuerzas Armadas para sofrenar a quienes, con toda certeza, se iban a oponer a cualquier apariencia de cambios drásticos.

Hoy, dos años más tarde, podemos decir que El Salvador no se ha movido, que la triple hipótesis no se ha confirmado. Es cierto que, por ejemplo, los Obispos de El Salvador han apreciado en la Ley del Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria (ISTA) un pequeño rayo de esperanza. Pero los mismos Obispos se han visto forzados a condenar "un clima de violencia, represión e irrespeto de los derechos humanos fundamentales". Y este clima de violencia va en aumento, lo cual prueba bien a las claras que los remedios a la catastrófica situación del país no han sido los correctos. Quien reprime no libera.

El día 30 de Julio culminaba esta escalada de la violencia y de la represión, de la violencia represiva, en el ataque de los cuerpos de seguridad y aun de la misma Fuerza Armada a una indefensa manifestación popular, predominantemente

estudiantil y universitaria. Lo que había aparecido —sólo aparecido, porque la represión no muestra públicamente su realidad más que en muy pequeña proporción de lo que es de hecho— en Chinamequita, La Cayetana y Tres Calles se desató de forma detonante en el centro mismo de San Salvador. Tan espectacular, sangrienta y sin sentido fue esta última aparición de la represión que la opinión pública se ha sentido brutalmente sacudida, a pesar del calculado silencio de nuestros “libres” y “responsables” medios de comunicación. Por decenas pueden contarse los manifiestos y pronunciamientos que han publicado —en campo pagado— distintos grupos representativos. Entre ellos puede destacarse el responsabilizado por el Consejo Superior Universitario, que recoge el sentir oficial de nuestra Universidad y que los lectores encontrarán en este mismo número de la Revista.

Aquí solamente pretendemos enlazar con el Editorial de hace dos años para afirmar taxativamente que El Salvador se ha conmovido precisamente porque no se ha movido. Y no se ha movido porque sus gobernantes no han querido enfrentarse valientemente con los frenos represivos, que atenazan la marcha del país. Estos frenos no son últimamente personales, sino que responden a condicionamientos estructurales, que, si no se cambian, impiden la marcha transformadora. La profunda conmoción que ha sentido estos días el país nos lo demuestra.

¿Qué nos hace ver esta profunda conmoción?

Si no queremos quedarnos en lo que son puramente síntomas y reacciones emocionales, tenemos que reconocer cómo en el fondo de todos estos acontecimientos, más allá de decisiones personales o planes de grupo, lo que hay es una situación social cada vez más grave, de la que forma parte un acrecentamiento de la conciencia popular; lo que hay es una separación, cada vez mayor, entre las verdaderas necesidades del país y la respuesta a esas necesidades. Es imposible, sin una positiva y premeditada ruptura con el sistema actual, con los modos actuales de conducir la sociedad, con los intereses de las clases dominantes, es imposible responder a las necesidades objetivas de transformación y a las exigencias cada vez más imperiosas de la conciencia popular.

Esta ruptura no se puede hacer debidamente, si no es respaldada por un pueblo organizado,

que en su lucha vaya buscando, no un beneficio accidental en la mejoría del sistema, sino un cambio del sistema, aunque este cambio le acarree por algún tiempo dificultades nuevas. Un sistema social y político que tome en cuenta directa e inmediatamente, no los intereses de las minorías, sino la verdad de las mayorías. Porque no puede ser justa una organización de la sociedad, que favorezca lo que buscan ante todo los grandes intereses económicos, ni se puede llegar a una sociedad justa sin romper radicalmente con los intereses de las clases actualmente dominantes. Si no en los fines, sí en los medios fundamentales —y la verdad de los fines se mide por lo que son los medios fundamentales que se emplean para realizarlos—, son distintos los intereses de los dominantes y de los dominados. Y aquí tampoco se puede servir a dos señores, porque si se ama a uno se estará en contra de los intereses del otro, por mucho que cambien de rostro los sentimientos.



Por eso, el Gobierno se enaña a sí mismo, si quiere hacer justicia al pueblo, manteniendo calladas las protestas populares. Al contrario, el Gobierno debe usar su fuerza para que el pueblo pueda hacer oír masivamente todas sus exigencias, para que el pueblo, sobre todo el campesino, pueda organizarse y luchar por sus propios intereses: para que la masa popular pueda presionar y, con su presión, hacer resistencia a la permanente regresión a que se ve sometida por la injusticia de las estructuras y por la fuerza de los poderosos. No le va a dar tiempo a este Gobierno, por mucho que corra —y no se aprecia signo alguno de prisa—, ni siquiera para cumplir con los primeros pasos de lo que va haciendo tiempo era inostentable. Nunca se podrá exagerar este punto, porque el atraso entre lo que se necesita y lo que se hace es cada vez mayor. En vez de reprimir a quienes protestan por su situación injusta, por la permanente y activa injusticia que contra ellos se comete día a día, el Gobierno debiera favorecer esa protesta. Esto en vez de intranquilidad generaría esperanza, generaría apoyo para avanzar más rápidamente. Intranquilos, sólo quedarían quienes lo que buscan es la tranquilidad del capital privado no la tranquilidad del bien público. La fuerza debe emplearla contra quienes, por defender, aun con la violencia armada, sus intereses privilegiados desde hace muchísimos años, ponen todo su empeño para que nada sustancial cambie.

Resulta así más doloroso que unas Fuerzas

Armadas, que por su extracción popular y por su destino constitucional, debieran favorecer lo que lleva a un orden más justo, sean empleadas en atemorizar a quienes tienen todo el derecho de luchar con las únicas armas que tienen: su dolor, su protesta, su organización. Ver en esto subversión y comunismo es estar viendo la realidad nacional con anteojos prestados por las clases dominantes; es inepticia política y, lo que es peor, ceguera culpable. Decíamos en el anterior Editorial, que en el actual estado de opresión y en el actual desequilibrio de fuerzas sólo con el apoyo de los militares se podía dar un rápido avance en la transformación social, pero decíamos también que las Fuerzas Armadas no estaban capacitadas ni técnica ni políticamente para conducir ellas solas la marcha histórica del país. Sin ellas no se puede gobernar, pero la conducción política del país no puede quedar en sus manos. Los últimos acontecimientos lo demuestran sin ambages. Y demuestran también que todavía es prematuro confiar en que el poder de las armas se ponga de lleno al servicio de las mayorías salvadoreñas.

Tanto el Gobierno, como las Fuerzas Armadas y el pueblo entero debieran tomar conciencia de que la conmoción actual del país tiene una sola raíz compleja: El Salvador no sólo no se mueve sino que es frenado en su movimiento. Los que están frenando el movimiento son, en definitiva, los responsables de esta trágica conmoción.